



GITANOS EN RENTERIA

RAMON MUGICA LECUONA

Siempre es un tema que me ha apasionado hondamente. Me tocó en un tiempo vivirlo de cerca, me originó muchos sinsabores, pero me dio muchas alegrías, de esas alegrías que quedan para siempre prendidas en el alma.

Dentro del contexto de la inmigración me ha parecido debía de ser tratado aunque someramente, ya que la aportación de datos minuciosos y exactos siempre serían insuficientes y difíciles de conseguir sobre todo en los inicios, por aquello de la copla:

*Canta, canta vagabundo
Tus miserias por el mundo...*

Voy a remontarme a mi niñez, allá por el año 1925...

... Un maltrecho mulo o un "rocinante" cosido a mataduras tirando de un desvencijado carromato, con

un toldo lleno de sietes y ajado por mil soles y lluvias. Por sus rendijas asomaban sus naricitas respingonas y sus cabecitas ensortijadas y sucias varios niños de corta edad. Sentada en el pescante, una madre joven amamanaba en sus pechos lacios al último retoño. El gitano a pie, rey de los caminos, vara en ristre, iba azuzando al esquelético jamelgo, siempre cansado; y un perro sucio y flaco, atado a la trasera del carro, se arrastraba con gesto resignado y escasa dignidad de guardián mal pagado y peor alimentado.

Recuerdo que siempre al volver del colegio les veía pasar y tenía la impresión de que su misión era la de caminar y caminar sin descanso.

Ya por aquellos años había gitanos afincados en Rentería. Teníamos algunos condiscípulos a los que en nues-

tras casas les denominaban "ijito Kumes", pero a los que respetábamos y tratábamos con amor.

Pasados los años, empezó a venir gente y más gente. Era el tiempo de los negocios prósperos, de las industrias boyantes, de los humos compactos, de las chimeneas exuberantes y pletóricas; todo lo que se hacía se vendía y empezaron a venir gitanos y más gitanos. Como por arte de encantamiento allí por Beraun fueron surgiendo chabolas y tiendas. Se oían cantos y rasgar de guitarras y, como decía el poeta:

*Empieza el llanto
de la guitarra.
Se rompen las copas
de la madrugada.
Empieza el llanto
de la guitarra.
Es inútil
callarla.
Es imposible
callarla.*

En aquel abigarramiento de toldos, latas, trapos y personas se impuso poco a poco el orden, aunque las consecutivas juergas a su estilo se sucedían; se fue formando una importante tribu con un jefe a su mando.

En cierta ocasión, como diría Federico García Lorca:

*En la mitad del barranco
las navajas de Albacete
bellas de sangre contraria
relucen como los peces...*

Uno de los navajeros de la reyerta, que había matado a su contrario, vino a refugiarse a Beraun. Aviso de Madrid indicando que se sospechaba que estaba por estos contornos. Se subió a por él sin ninguna clase de precauciones, y el jefe de la tribu entregó al navajero de la reyerta sin ninguna clase de oposición. Confesó su culpa y a Madrid se lo llevaron. Eso sí, al día siguiente todos los teléfonos de la zona quedaban bloqueados y sobrecargados con órdenes de que allí, en Carabanchel, no le faltara ni comida ni tabaco al pendenciero hermano.

Los padres de la tribu, que cada vez era mayor, se ganaban el pan como podían, las mujeres compraban y preparaban sus guisos; los jóvenes batían palmas, y ¿qué hacer con todos los chuchurumbes que merodeaban por los alrededores con el culo al aire y los mocos colgando?

Rentería, ese pueblo tan extraño, pueblo de los grandes contrastes, tomó conciencia del problema que le había surgido y que había nacido como las plantas silvestres; problema profundo, lleno de hondura como compleja y honda es el alma gitana, que ya no era tan inquieta y vagabunda..., que sí quería ubicarse, sí quería redimirse pero... a su manera. a Rentería le seguía preocupando aquel poblado y sobre todo el porvenir de aquellos niños. Empezó a tentar la suerte con los mayores tratando de alfabetizarlos. ¡Vano empeño! El alma gitana, por ser gitana, es especial y es altiva, es... como linda doncella puesta en jarras que mira por encima del hombro proclamando su libertad e indiferencia. Y acabó por ir a charlar con los niños, por mimarles y limpiarles la cara, por hacer que aprendieran algo, por asomarse poquito a poco a sus almas...

Y surgieron hombres de voluntad férrea; aparecieron Mari Carmen, vocacional maestra de cuerpo menudo pero alma gigante; monjitas como Sor Clotilde, que olía a santa y a gitana, y empezó el milagro lentamente, sin espasmos, ni algaradas, sin triunfalismos vanos, con constancia y humildad, con susurros, consejos y rezos que es como se ganan los corazones, y se fue llenando Villa Cristeta de gitanillos, limpios y aseados, que cantaban, sumaban y restaban como los otros niños.

También allá arriba, donde antes era monte, todos los días en una Iglesia Evangélica se reúnen hombres y mujeres. Ellos impecablemente vestidos y con los cabellos ensortijados; sus Biblias, con canto dorado, bajo el brazo; y ellas, bellas morenas con ojos de color azabache y trenzas de pelos oscuros y largos. Se oyen palmas y aleluyas, recitales de salmodias con cadencias de cante jondo, con clamores de gente unida, que cuando el son se pone, dejando sus quehaceres y ocios baldíos, rezan gritando al Dios de todos, que es también el Dios de los gitanos.